

conmovió mi corazón inocente, y como me exijia con un acento tan conmovido una respuesta, como su mano temblaba al estrechar la mía, como ví brillar en sus ojos una lágrima ¡ay! ¿por qué negarlo madre mía? le ofrecí desde ese momento amarlo, como en efecto sucedió. Después de esa noche no se pasaba un solo día sin que yo viesse á Arturo, siempre á una hora dada pasaba por mi casa, deteniáse algunos instantes frente á mí, me enviaba un saludo lleno de fuego y una ardiente mirada, y luego partía para volver al siguiente día.

¡Cuan largas eran para mí las horas! ¡Como hubiera anhelado que ellas pasasen con la rapidéz del relámpago! pero esto no era posible. ¿Cómo trastornar el órden de la naturaleza?

Poco tiempo después, un día que tú no te encontrabas en casa, entró una criada con gran misterio, y presentándome un papel, que yo por lo pronto rechasé, me dijo: es del Señorito Arturo, y me encarga diga á vd. que mañana mismo espera la contestacion, que si vd. no se la manda, todos sus ruegos serán inútiles, porque se dará la muerte.

Esta amenaza horrible, madre mía, me hizo temblar, y produjo en mi una sensacion tan fuerte de aflixion, que no pude ménos que decir á la

criada: corre, dile que no solo mañana, que dentro de una hora tendrá en sus manos mi respuesta. Y en efecto, rasgué el sobre de su carta, y la leí con una conmocion extraordinaria, no me conformé con leerla una vez, la leí tres ó cuatro veces, y al cerrarla de nuevo exclamé.

¡Oh qué pasion tan poco comun es la de Arturo! no puedo dudarle, él me hará completamente feliz.

Luego me dirigí á mi escritorio, tomé una pluma, estendí un pliego de papel, y quedé abismada en la mas profunda meditacion. No encontraba como contestar á Arturo, en mi mente bullian mil diversas ideas, pero ninguna me satisfacía.

Hasta entonces solo habia tomado la pluma para copiar mis ejercicios; nunca habia tenido necesidad de dirigir á nadie una carta, y comprendí en ese momento que en vano habia aprehendido á escribir, por que no sabia hacerlo.

Entre tanto el tiempo corria, la hora se pasaba, y en mi preocupacion, oia el tiro suicida, con que Arturo, al no recibir mi carta, cortaba el hilo de su vida.

¡Dios mío! ¿qué haré? me decia yo á mí misma y en esta vacilacion el tiempo trascurre, y mi tormento aumentaba; al fin corrió la pluma, pero tan solo para trazar una palabra, que se ha-

llaba escrita en el fondo de mi alma, esta palabra decía: «Arturo yo te amo ¡tuyo es mi corazón! ¡tuya mi vida!»

Solo eso puse, y llorosa, y presurosa cerré la carta y la entregué á la criada.

Mi pobre madre suspiró tristemente, y viendo que yo callaba; continúa Marta, me dijo con la voz embargada por el llanto.

Aquí la jóven calló, y viendo á nuestra querida tia. ¡Ah señora exclamó cuanto me hace sufrir el recuerdo de mi buena madre! las lágrimas ahogaron su voz, nuestra tia le dirigió algunas palabras de consuelo y como el tiempo habia pasado nos fué preciso separarnos de Marta vivamente interesadas en su triste historia. Nos despedimos del jefe político, y algunos momentos despues nos hallábamos caminando ya en la diligencia.

Al atravesar la ciudad para salir, vimos de lejos algunas buenas casas y edificios públicos, y como el lugar por donde nos dirijíamos y teníamos que transitar, presentaba entónces grande inseguridad, el jefe político hizo cambiar la escolta, dándonos cazadores de Africa y Belgas. Papá les dió las más expresivas gracias, y pronto Córdoba desapareció de nuestra vista.

El camino continuó muy pintoresco y variado;

á cada instante un nuevo cuadro y una hermosa perspectiva se extendian ante nosotras, grupos aislados de pequeñas casas y pequeños pueblecitos se hallaban á nuestro paso, y todo esto hacia que la jornada no fuese monótona, sino que nos distrajese con su variedad.

Caminamos algunas horas, siempre con nuevas y bellas perspectivas, y serian las cinco de la tarde, cuando llegamos á Dios gracias con entera felicidad á Paso del Macho.

Se separó entónces la escolta, y penetramos en la posada que era horrorosa.

Componiáse de un jacalon sucio de madera, rodeado de pequeñas piezas que no prestaban comodidad alguna, precedido de un corredor, donde nos colocamos para respirar el aire, y ver la estacion del ferrocarril de Veracruz que estaba enfrente.

El calor era desesperante; teníamos una sed ardiente; pero como allí ya daba el vómito, nos habían prohibido que cometiésemos imprudencias; sin embargo, cuando se apetece algo, nada es mas agradable que satisfacer el deseo: así pues, manifestamos este á nuestra buena tia, y ella que como nosotras se sentía agobiada por la fuerza del calor, accedió á nuestra súplica, y llamando á un criado le encargó que tragese unas na-

ranjas que comimos encerradas en nuestro cuarto, ocultas de todos, y sintiendo renacer en nosotros tras la vida, á medida que la fresca fruta iba apagando la sed que poco antes secaba nuestros labios.

Cuando nos hubimos refrescado, nos tomamos del brazo, y saliendo de la posada, comenzamos á recorrer aquel paraje, que á cada instante mas nos horrorizaba.

Paso del Macho es una pequeña poblacion de aspecto triste y desagradable. Sus calles son rectas, angostas y pequeñas, hay una ancha que es la principal; pero ninguna está empedrada.

Sus casas son bajas, y la mayor parte de madera; hay una pequeña plaza con asientos al rededor, y una fuente en medio; pero todo tiene un aspecto sombrío, que contrista el espíritu y oprime el corazon.

Su poblacion es reducida, y el carácter de sus habitantes apático y abandonado. Está circundado de campos fértiles, donde se apacientan algunos rebaños, guiados por sus pastores.

Despues de recorrer la plaza y algunas calles de la poblacion, regresamos á la posada con el espíritu abatido y el humor melancólico.

Eran las seis de la tarde; el sol se habia ocultado ya en el ocaso, y una dulce brisa refrescaba

la atmósfera, calmando así algun tanto, el bochorno producido por el calor, en que poco antes nos abrazábamos. Sentadas sobre unos tercios en el corredor de la posada gozábamos del fresco de la tarde, y fijábamos nuestra vista en una ancha faja azul que se unia al firmamento, cual una espesa nube, y que no era otra cosa mas que las azuladas aguas de nuestro hermoso golfo.

La llegada del tren de Veracruz nos sacó de nuestra contemplacion: por un instante se animó aquel lugar desierto; los pasajeros iban y venian, las gentes corrian en todas direcciones, bajaban los equipajes, se cruzaban los cargadores, y en fin en aquel momento, todo en aquel lugar era vida, movimiento, animacion. ¡Estrañas metamórfosis, á que están sujetas siempre las estaciones! Una hora despues, todo era en aquel sitio otra vez silencio y soledad.

Con motivo del arribo del tren, nuevos pasajeros llegaron á la posada, agotándose por completo las localidades. Supimos que entre estos estaba el capitán del buque en que debiamos embarcarnos, que iba para México, y alarmados todos temian algun retardo en la salida del vapor: fueron papá y otros señores á avistarse con él, para arreglarlo todo de una manera satisfactoria. Tuvo lugar entre ellos una larga discusion, y al

fin convinieron en que partiríamos el día designado bajo la dirección del segundo Capitan. Arreglado ya este negocio, íbamos á retirarnos á nuestros cuartos, cuando unos fuertes y repetidos golpes dados en una de las ventanas vinieron á ocupar nuestra atención, haciéndonos por un instante suspender nuestro intento.

Como los golpes continuaban, nos comenzamos á inquietar, y nuestro susto aumentó al escuchar el ruido de armas, y la voz aguardientosa de un hombre: reunidas en la sala esperábamos el desenlace de aquello, mientras dos señores se dirigieron á la ventana de donde partían las voces para cerciorarse de lo que era, y abriendo preguntaron con voz imponente, ¿que era lo que se ofrecía?

Un soldado, que no era otro el que tocaba, tartamudeó algunas palabras, y fué á caer á pocos pasos de distancia.

Al saber lo que era, se calmó nuestra inquietud, y cayéndonos en gracia la ocurrencia de aquel ébrio, comensamos á reirnos del susto que nos habia dado.

Hay días en que está uno para chascos en la vida, y en que ayudándonos el humor, todo nos divierte, este habia sido uno de ellos para nosotras, comentamos aun algunos instantes mas lo

que habia pasado, y en seguida nos retiramos á nuestros cuartos, anciosas de recojernos, pues era la una de la mañana.

Al irnos á acostar, notamos que habia sumo desaseo en la ropa de las camas, y con una delicadeza que es difícil conservar cuando se viaja, llamamos á un criado, mandándole que las mudara así lo hizo en efecto; pero cual fué nuestra sorpresa al ver que, á medida que cambiaban las camas, doblaban la ropa que habian quitado, y la guardaban en un ropero; nuestra admiracion subió de punto, cuando al volver á nuestras camas, notamos que la ropa que tenían estaba tan sucia como la que habian quitado.

Esto nos disgustó; pero tambien no pudimos ménos de reirnos de la extraña economía del dueño de la posada; era ya tarde, reclamar en aquella hora era casi imposible é inútil, así es que, aunque con repugnancia, tuvimos que resignarnos á dormir en aquellas camas, apagamos la luz, y pronto un sueño reparador cerró nuestros párpados.

Dormíamos profundamente, cuando otros golpes repetidos en la puerta nos arrancaron de las dulzuras del sueño.

¿Qué se ofrece? preguntamos con mal humorado acento.

Una voz que reconocimos por la de nuestra aya contestó á nuestra pregunta: Son las seis nos dijo, levántense porque á las ocho debemos partir.

Bien, replicamos nosotras con el alma angustiada, incorporándonos en el lecho; teníamos tanto sueño; nos parecía haber dormido tan poco, que apenas podíamos creer fuesen ya las seis de la mañana; por otra parte, ni un rayo de luz penetraba por las rendijas de la ventana, y preciso nos fué encender una vela, para podernos vestir, estábamos concluyendo, cuando en la pieza contigua que ocupaban nuestra tia y hermana se entabló el siguiente diálogo entre ellas y nuestra aya.

—Creo que te haz equivocado, decia nuestra tia, en mi relox son las tres de la mañana.

—Imposible murmuró nuestra aya, ese relox está atrasadísimo.

—No lo creas, quizas el tuyo es el que se encuentra adelantado.

No hablaron más: pero pronto sus carcajadas nos hicieron sospechar que un nuevo chasco habia pasado, ansiosas de cerciorarnos salimos de nuestra pieza, y nos dirigimos á la suya.

El relox de nuestra aya se habia parado desde las seis de la tarde anterior, ella no lo habia

notado, y alarmada al despertar, viendo lo avanzado de la hora, y encargada como estaba de despertarnos, habia hecho levantar á todos, no siendo en realidad mas que las tres de la mañana.

¡Ay! con razon teníamos tanto sueño! exclamamos; pero pronto un mal de risa nos dominó, y fué tal el ruido que metimos, que en breve todos los pasajeros habian despertado, y algunos que por falta de pieza se habian acostado en el salon, nos veian, levantaban la cabeza, suspiraban, y se volvian á acostar. Esto nos causaba tal risa, que no podíamos contenerla.

Por supuesto ya no pensamos en volvernos á acostar sino que estuvimos celebrando el nuevo chasco.

A las cinco de la mañana todos los pasajeros estaban en pié, renegando de los imprudentes que les habian hecho pasar una verdadera noche toledana.

Nosotras salimos entónces de nuestros cuartos, y léjos de darnos á conocer como autoras de lo ocurrido, comenzamos á quejarnos tambien de la mala noche, y á preguntar quien habia sido el autor de aquel escándalo.

Nadie lo sabia, y como todos se lamentaban, no podíamos contener la risa, haciendo esfuerzos para que no lo advirtieran.

A las seis nos sirvieron el desayuno con pan que acababa de salir del horno, y que nos gustó en extremo, en seguida lo preparamos todo, nos arreglamos, y esperamos impacientes el tren de las ocho que debía conducirnos á Veracruz.

Al fin llegó la hora designada y abandonamos á Paso del Macho, donde tantos percances habíamos tenido.

Comenzó el tren á moverse con suma rapidéz, y en un momento todo lo perdimos de vista.



CAPITULO VI.

Jornada de Paso del Macho á Veracruz. La Soledad. Cuadros y paisajes hermosos que presenta el camino. Impresiones que produce caminar en ferro-carril. Condicion de la clase indígena. La vista del mar. Llegada á Veracruz.

Apénas habíamos caminado media hora, cuando nuestros ojos cargados de sueño se cerraron, consecuencia natural de la desvelada. Nos dormimos profundamente, y permanecemos largas horas perdiendo las hermosas perspectivas del camino, cuando despertamos, nos dijeron que acabábamos de pasar por un puente fabricado sobre un enorme precipicio, en cuyo fondo se veían árboles y algunas casas. Sentimos vivamente no haberlo visto, y nos disgustamos de que no nos hubieran despertado; pero ya no habia remedio, y pronto tuvimos que resignarnos.

Dirijimos la vista hácia el camino, que era